

Nº 1741 000169284

2/REDACCION *El Mercurio, Antofagasta 7 abr. 1989*

RODOLFO GARCÉS GUZMÁN

De la Mano con Gabriela

En su rostro sereno dominaba una tristeza infinita. Pómulos hundidos, boca de lèses duras, espesas las cejas, mentón breve de niña-vieja. Cabellos peinados hacia atrás. Actitud distante. Severa, a fe mía y, al no tanto tiempo, dulce, cantarina al hablar, ora lenta, ya apresurada. Escucharla traía sensaciones de lejanía. Imponente estatura de ausencia sin lágrimas. Alma en paz y corazón encabritado. Vestida de negro, hombrones los zapatos, leve la pisada.

Bajó lentamente las gredas, cuando salimos a la calle.

—Deme su mano!

Obedecí, mientras Salvador Reyes, el gran novelista, le brindaba un brazo. Ya en la acera, soltó brevemente mi diestra, cambió de posición su mano y murmuró:

—Así... —al volver a tomar su mano.

El sol de mañana iluminaba las calles de Rapallo, cercanas al sector romántico de los pescadores. Caminamos en silencio. El contacto de su epidermis era suave, cálido, firme la presión de sus dedos algo helados. Me sentía incómodo, pero contento. Los transeúntes nos miraban; algunos movían, respetuosos la cabeza, en solemne saludo.

No dije palabra, ni me atreví romper el silencio. De reojo, observé la sonrisa irónica de Salvador, quien advirtió mi actitud, para él desconocida, del que de pronto se tragó la lengua. Fulmos y regresamos frente al mar transparente. En la puerta de su casa soltó mi mano para volver a tomármela.

—Gracias, hija, por su visita. Le ruego llevar recuerdos al director, mi patrón don Joaquín Lepelley. Así lo había llamado, en un "Recado" a "El Mercurio" de Valparaíso. Sonrió apesadumbrado.

—¡Dios los bendiga! —Y desapareció, en la puerta, como visión casi etérea. Solté el aliento largamente contenido. Salvador rió con los ojos.

—No te enfades. No intenté burlarme de ti. ¡Sólo que nunca te vi tan comprometida!

—Fue su mano —intento explicar, sin explicar nada—: qué sensación tan extraña, casi diría sobrenatural.

Ella era así. Curiosa, distinta.

—Sabes lo que pensaba, mientras fábamos unidos, piel a piel?

—Imagino...

—Es que no podrías. Invocabas algunas fuerzas como la oscuridad, por si algo del espíritu y talento de esa mujer pudiera sacudir mis vísceras e iluminar mi mente.

—Estás loco yo no sabes que la inspiración, es simplemente, dolor? —murmuró, entre dientes, Salvador Reyes.

No me atreví a decirle, como tampoco a ella, que yo era el mismo muchacho que la había entrevistado, tiempo atrás, cuando fui a ver a mi director. De regreso en Chile, encontré, en Valparaíso, una esquina suya que conservó:

—¡Gracias mil, por aquél reportaje. Es lo más breve y más fino que un periodista haya escrito sobre mí Lucila.

Lucila y no Gabriela. Era la mujer con hábito de madre, la maestra generosa, enemiga de los envanecimientos que me ruborizaba el fuero interno.

El episodio, relatado alguna vez, oralmente, se ha cruzado en mis escritos sobre el Centenario de Lucila Godoy Abaroa, nuestra maravillosa Gabriela Mistral e., este 7 de abril, día preciso del natalicio. Llevó el nombre de Chile por el planeta, cuando en 1945 la ungieron Premio Nobel de Literatura. En fósforo inevitable se agujan datos. Aquella recompensa, que recibió de manos del Rey Gustavo Adolfo de Suecia, tuvo un artífice: Enrique Gajardo Villarroel, a la sazón Embajador. El hizo que los ciegos y los sordos, que no paladeaban del todo su sinfonía poética, se estremecieran,

emocionados, ante su lira; en la magia soberbia de un idioma castizo, al que a menudo, pluma en mano, regaló nuevas palabras, por ella inventadas, idílicas, certas.

Pienso, también, porque es de justicia, en aquel tribuno legendario, don Arturo Alessandri Palma, quien firmó la ley que, en 1935, dictó en favor de la excesiva, nombrándola cónsul vitalicio. Porque, en verdad, aquella que había sido reconocida y exaltada "Honoris Causa" por tantas universidades y recogida —digamos, mejor, acogida— en México, por Vasconcelos, habría tenido que conocer, sino la ingratitud, la orfandad en su tierra natal, a pesar de sus triunfos y sus glorias creativas. Don Arturo, el inolvidable "Ledo de Tarapacá", acogió, en aquel gesto, el clamor de un cable firmado por Masterlink, Unamuno, Romain Rolland, Duhamel, Ferrero y otras figuras de las letras. Pedían al Gobierno que se ocupara de ella. Las mujeres chilenas hicieron suyo el mensaje y expresaron: "Gabriela Mistral es la hermana que nos ha enaltecido" y "en sus 'Canciones de Cuna', nuestras ternuras arrulla, con el acento de esa mujer, a nuestros hijos". Y, podría agregarse. Sufrió la pena infinita del amor contrariado: "El pasó con otra: /yo le vi pasar. /Siempre dulce el viento /y el camino en paz. /Y estos ojos miserables /se vieron pasar...".

No hay que olvidar, por su significado, que don Pedro Aguirre Cerda la promovió de maestra normal, profesión juvenil surgida de su vocación temprana, casi en la infancia, a profesora de Liceo, desde donde ascendió a directora, con destino en varias zonas del país.

Las ingratitudes y olvidos iniciales terminaron de ser reparados, cuando algo tarde en relación al Nobel, le fue otorgado, en 1967, el Premio Nacional de Literatura. Por cierto que el jurado, distinguido —y célebre— estaba compuesto por personajes de jerarquía: Juventín Hernández, Rector de la Universidad de Chile; David Cruz Ocampo, por la Sociedad de Escritores y Juan Guzmán Cruchaga, por el Ministerio de Educación.

—Y de la obra qué, me pregunto, preocupado, mientras la cuartilla se acaba? ¡Pero si está en todas las memorias y en todos los corazones! Citemos, para los que, didácticos, anotan: "Desolación", Nueva York, 1922; "Tala", Buenos Aires, 1928; "Lugar", Santiago, 1934; "Recados: Contado a Chile", Santiago, 1937. Y las reediciones, las traducciones—buenas y malas—, la multiplicadora presencia en las antologías. En todas canta la mujer, el sentimiento angustiado, las ternuras, la frustración de no ser madre y sentirse regalo de todas las criaturas. "Un hijo, un hijo, un hijo! /Yo quise un hijo suyo /allá en el éxtasis ardiente /en el que hasta mis huesos; enternecí su arrullo /y en inmenso esplendor creció /sobre mí frente...".

So vez río en acentos plató y dio "muchas lecciones sobre el trato a las almas infantiles y los dedos de Ángel con que se debe tocarlas". Era su destino, sin embargo, errar, porque la celebridad y el clamor de quienes querían verla, compitió, siempre, con esa sed de soledad que embargó, sin ella quererlo, la infinidad de su ser. Y por eso, tal vez, cerró sus ojos para siempre en el Hospital Hempstead de Nueva York, el 10 de enero de 1989. Viva, sin embargo, en su obra y grandiosa; humilde en su actitud. Apasionado, libertario y travieso el fogueo de su pensamiento.

"Del nicho helado donde los hombres te pusieron, /te bajaré a la tierra humilde y soleada...". Como resonan los dos primeros versos de los "Sonetos de la Muerte", que abren su tránsito hacia la inmortalidad.

De la mano de Gabriela Mistral [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Garcés Guzmán, Rodolfo, 1921-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

De la mano de Gabriela Mistral [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)